



José Espinosa Martínez

LOS LADRONES DE LA NOCHE



**alfaqueque
ediciones**

Colección ACEBUCHE
2025

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

Director colección: Fernando Fernández Villa

«Los ladrones de la noche»
© José Espinosa Martínez, 2025
© Alfaqueque Ediciones, 2025
Apartado de correos, 68
30530 Cieza, Murcia, España.

<http://www.alfaqueque.es>

Ilustración de portada: Pablo Alfaro Angosto

Primera edición: junio de 2025

ISBN: 978 84 129805 3 0
Depósito legal: MU 633-2025

Printed in Spain - Impreso en España

La editorial es consciente de la necesidad de los recursos naturales para consumir cultura y de la colaboración en la conservación del medio ambiente. Así pues, por la impresión de este libro, ha plantado un ciprés (Cupressus sempervirens) en el paraje de El Horno de Cieza (Murcia)



Índice

1. Los ladrones de la noche	7
2. Los sueños de Adrián	43
3. La carrera	89
.	
Taller de lectura	121

LOS LADRONES DE LA NOCHE

INTRODUCCIÓN

En un país muy lejano, perdido en el mapa, existía un pueblo llamado Floressol. Era un lugar particularmente bonito y estaba situado en un pequeño valle rodeado de altas montañas, que a su vez se encontraban adornadas y protegidas con abundante vegetación y arbolado.

Floressol pertenecía al condado de Blumar, que junto a otros territorios constituían un país llamado Felizeland. Este reino era gobernado por un rey cuyo nombre era Octavio. Era tan bueno y bondadoso que sus súbditos, en vez de dirigirse a él por su nombre, le habían puesto un apodo que según ellos recogía a la perfección las virtudes de este buen monarca. Cuando a Octavio le llegaban los comentarios que le hacían sus consejeros sobre esa cuestión, con gran sencillez y sonriendo con timidez decía:

—No merezco ese cariñoso apelativo — para a continuación añadir—. Mis ciudadanos son magníficos, gobernar para ellos es un auténtico honor. Llamar a un rey Ho-buen me parece, además de increíble, maravilloso.

LA FAMILIA IDEAL

En este idílico país vivía Gerardo Catur-la, para ser más exactos en Floressol. Su familia estaba formada por su esposa Carmen y una niña para la que eligieron el hermoso nombre de Rosa. Sus padres la solían llamar Rosi, a causa de su aún corta edad. Él se ganaba la vida con la albañilería. Se dedicaba por lo general a realizar pequeñas reformas y elaboraba sus presupuestos siempre con esmerada atención y cuidado.

Jamás se había escuchado en el pueblo comentario alguno que indujera a pensar que había terminado alguna obra defectuosa, o cuyo importe pudiera ser considerado abusivo. Esta forma de actuar le había granjeado simpatía y respeto entre sus vecinos y amigos.

Gerardo si no había rebasado los treinta poco le debía faltar. Carmen, sin embargo, todavía no había celebrado sus primeros veinticinco años. La niña apenas tendría dos. Él no era alto. Su cabello era negro y su piel presentaba un color moreno debido en parte a la práctica diaria de su esforzada profesión. Ella no destacaba por su altura,

pero poseía otros rasgos más sobresalientes como sus hermosos ojos verdes que resaltaban aún más su bello y armonioso rostro. La niña, que comenzaba a hablar con mucha soltura pese a su corta edad, era la pasión de los dos. Como parecía una muñequita preciosa y zalamera, os podéis imaginar lo felices que ambos se sentían.

La casa donde vivían había sido construida por él. Era modesta si bien era coqueta y sobre todo muy comfortable. Constaba de salón con una pequeña chimenea que cumplía una doble función: la de cocinar a diario y también la de proteger a toda la familia del gélido frío cuando llegaba el duro e inevitable periodo invernal. Disponía además de tres alcobas. La principal la utilizaban Gerardo y Carmen. La segunda había pasado a ser ocupada no hacía demasiado por Rosi, que hasta entonces había dormido junto a sus padres en una linda cuna. La tercera y última se encontraba desocupada, en previsión de la posible llegada de un segundo hermanito. Un baño modesto, siempre limpio y ordenado, completaban las dependencias de la vivienda.

Justo detrás de ella disponían de una pequeña parcela que Gerardo adquirió con posterioridad, ahorrando con no poco esfuerzo. Parte de ese terreno estaba destinado a un pequeño huerto del que se abastecían prácticamente en todo lo que se refiere a frutas

y hortalizas. El ahorro que les proporcionaban esos productos le venía muy bien a la modesta economía familiar. El resto era casi de uso exclusivo de Gerardo y estaba dedicado a la jardinería. Después de su familia, lo que más le gustaba, sobre cualquier otra cosa, era las flores. Los escasos ratos libres que le dejaba su trabajo los empleaba en el cuidado y contemplación de sus flores.

LAS FLORES, SU PASIÓN

Carmen y varios de sus vecinos le había sugerido que debía presentarse a un concurso. Lo animaban diciendo que, de intentarlo, seguro que alcanzaría algún destacado premio. Su esposa, con la única intención de gastarle una broma, al verlo mirando el jardín ensimismado, le decía sonriendo.

—No las mires tanto, ¿o es que piensas que por el solo hecho de contemplarlas durante horas y horas van a crecer más?

Él aceptaba la chanza de buen grado y le respondía.

—Lo que te voy a contar sé que te va parecer disparatado, pero creo que ellas saben que estoy ahí, perciben el cariño y el mimo con que las trato e intentan corresponderme con todo lo que tienen, con sus mejores colores y fragancias.

Carmen, con ironía, le contestaba.

—¿Puede el maestro jardinero abandonar a sus plantas favoritas y dedicarle un ratito al resto de la familia? ¿O hoy también prefiere usted cenar junto a ellas?

Él, sumándose a la broma, le respondía.



LOS LADRONES DE LA NOCHE

—Oye, pues ahora que lo dices, con la buena noche que ha quedado, no sería una mala idea hacerlo todos juntos en este maravilloso jardín.

Un extraño suceso cambiaría de manera drástica todo ese ambiente sosegado y feliz que se iba a ver abocado a una situación triste y sobre todo incierta.

LOS LADRONES DE LA NOCHE

Gerardo Caturla solía abandonar el lecho sobre las siete de la mañana, pero en realidad no comenzaba su jornada laboral hasta como mínimo una hora después. Ese tiempo lo empleaba en el aseo personal y el desayuno, que solía ser rápido y ligero de contenido. Siempre se detenía unos minutos para observar su jardín. En una de esas ocasiones cuál no sería su sorpresa cuando al pasar junto a él varias de las especies que tenía plantadas no estaban, debían haber sido arrancadas durante la noche. Aunque las apreciaba a todas por igual, las que le habían hurtado eran las más delicadas y difíciles de reproducir.

El semblante que mostraba en esos instantes era desolador. Su rostro reflejaba angustia, desconcierto e impotencia, solo le faltaba llorar.

Carmen, que también comenzaba sus quehaceres cotidianos a horas tempranas, extrañada, salió al jardín. Tenía la costumbre de despedirse de ella con un beso antes de marcharse al trabajo. Avanzó con lentitud unos metros, mientras observaba a su esposo inmóvil junto al huerto. Cuando se

hallaba a su lado se asustó. Durante sus años de convivencia jamás había visto esa expresión en su rostro. Con su mano derecha lo cogió del brazo y lo zarandeó con la intención de hacerlo reaccionar. No lo consiguió, lo que provocó que se inquietara aún más. De labios de su esposo solo se oía una frase repetitiva y monacorde.

—Mis flores, mis queridas flores, me han robado mis flores.

Transcurrido un buen rato, sentados en casa, los dos intentaban encontrar una explicación a lo sucedido. Con el rostro todavía demudado intentaba razonar sobre lo que le acababa de ocurrir.

—No lo comprendo. Puedo admitir que algún viajero o incluso vecino se encapriche de alguna flor y se la lleve, lo que no es comprensible es que las hayan cortado casi en su totalidad.

Por más vueltas que le daba más oscuro lo veía. No lograba entender qué utilidad podrían tener para los ladrones. Su esposa le aconsejó que la mejor solución pasaba por preguntar a sus vecinos, puesto que el pueblo era pequeño. Y si no obtenía una respuesta satisfactoria, siempre le quedaría la posibilidad de acudir a las autoridades. La verdad es que no le entusiasmaron demasiado las recomendaciones que su mujer le había sugerido, pero, como en ese momento no se le ocurrían otras mejores, decidió ponerlas en práctica.

LAS MONEDAS, UN MISTERIO

Cuando salían de casa para iniciar las indagaciones, se dieron cuenta que la niña se detenía junto al portal. Carmen al verla agachada, temiendo que se echara a la boca lo que intentaba coger, observó cómo tocaba dos piezas circulares que parecían de metal y que llamaron su atención. Calculaba que debían ser aún más pequeñas que una lenteja. Gerardo las alcanzó e intentó averiguar de lo que se podría tratar. En la superficie, por ambas caras, se apreciaban una especie de grabados. Su reducido tamaño le impidió saber su procedencia y posible utilidad.

Encontrar esos objetos alteró sus iniciales planes, por lo que decidieron dirigirse directamente a las autoridades. En las dependencias policiales, una vez impuesta la correspondiente denuncia, se procedió a examinarlas. Pasados unos días, una vez concluidos los estudios, les avisaron para comunicarles el resultado de las pesquisas. El responsable de la investigación les comunicó.

—En efecto, tal y como sugirieron, las figuras parecen ser grabados faciales.

